

**CARLOS FIDALGO**

**Tierra adentro  
y otros cuentos  
de naufragios**

libr-e

Leer-e

Colección: libr-e

Directores de Colección: Martín Casariego y Marta Rivera  
de la Cruz

Diseño de colección: ZAC diseño gráfico

Maqueta de cubierta: ZAC diseño gráfico

© Leer-e 2006 S. L.

© Carlos Fidalgo, 2013

ISBN: 978-84-15983-96-5

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir,  
almacenar en sistemas de recuperación de la información ni  
transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que  
sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titula-  
res de los derechos de la propiedad intelectual.

Leer-e 2006 S.L

Monasterio de Irache 74, Trasera, 31011 - Pamplona

# Tierra adentro y otros cuentos de naufragios

Carlos Fidalgo

## EL SASTRE DEL TITANIC

A *Lolo* y a *Momom* los subieron al *Carpathia* en una bolsa de lona. Un enjambre de cuerpos flotaba sobre el mar, a nueve millas de Terranova. Y las lanchas salvavidas del *Titanic* parecían espigas rotas, desperdigadas en la zona del naufragio.

Amanecía.

Los dos niños no eran conscientes de lo que había sucedido. A su alrededor, botes a medio ocupar o con cadáveres de pasajeros fallecidos de hipotermia se acercaban lentamente al *Carpathia*. Grandes bloques de hielo velaban a los muertos en la lejanía. Y la corriente arrastraba algunos cuerpos congelados de tripulantes y viajeros que no habían encontrado un hueco en las lanchas y se habían arrojado al agua.

Ajenos a todo, los dos hermanos comían bizcochos envueltos en mantas de lana y se reían a carcajadas cada vez que el perrito blanco que la hija de un banquero norteamericano había colado a bordo les lamía la cara.

“Luego jugaréis con él”, les dijo la pasajera de primera clase Margaret Hays, acomodándoles en la lona. Y los pequeños disfrutaron tanto mientras los marineros del *Carpathia* izaban la bolsa con una polea y unos cabos que no echaron de menos al perro.

En la cubierta, y cogidos de la mano, a *Lolo* y *Momom* les preguntaron por sus nombres, qué había sido de sus padres, y si alguien les esperaba en Nueva York. Pero los niños, que apenas tenían dos y cuatro años de edad y sólo hablaban malamente el francés, no entendieron lo que les decían aquellos hombres y se quedaron callados, abrigados en sus mantas de lana, mientras echaban en falta a su padre.

“Yo me haré cargo de ellos”, se ofreció Margaret Hays, que había subido al *Carpathia* por una escala junto al resto de pasajeros del bote y todavía estaba conmocionada por los gritos que se habían escuchado en el mar durante los minutos posteriores al hundimiento. “Se lo prometí a su padre”, añadió. Y el oficial que había hecho un último esfuerzo por entenderse con los niños asintió con la cabeza.

“Son suyos, señora”.

Al día siguiente, Hays y los dos pequeños desembarcaban en Nueva York y los empleados de la *White Star Line*, la naviera del *Titanic*, rastreaban en el listado de pasajeros, descubrían que los niños eran hijos de Michel Hoffman, y comenzaban a buscar a su familia entre la comunidad judía de Francia.

\*\*\*

Michel Nvratil se había embarcado con sus hijos en el *Titanic* usando un nombre falso. Había reservado una cabina de segunda clase, dispuesto a empezar una nueva vida

en América, y les había hecho creer a los empleados de la *White Star Line* que era viudo.

Y no lo era. En realidad, se había separado de su mujer. Y había escapado con los niños durante el fin de semana de Pascua. Desde Niza, donde se ganaba la vida en una sastrería, Nvratil había atravesado toda Francia gracias a la ayuda de un amigo judío. Después se había alojado con los pequeños en un hotel de Londres y había pasado toda la noche pensativo.

Por la mañana, y mientras sus hijos jugaban con las cortinas del cuarto y la luz de la calle lo iluminaba todo, comprendió que no podrían huir eternamente. Se levantó de la cama, y atormentado por los recuerdos, decidió que debía poner un océano entre él y su esposa.

\*\*\*

Michel Nvratil era un hombre elegante. Vestía siempre de una forma impecable y lucía un enorme y cuidado bigote engominado, un tanto pasado de moda.

En Niza había conocido a su esposa, una joven italiana de mirada soñadora y cabellos oscuros que siempre le be-

saba con la boca cerrada, como si le diera vergüenza.

“¿Cuándo me besarás de verdad, Marcelle?”, le preguntaba Michel, durante sus paseos de novios por la ciudad.

“Cuando seas mi marido”, le respondía ella. Y sus mejillas enrojecían de rubor mientras Michel se moría de impaciencia.

\*\*\*

Michel no dejó que *Lolo* y *Momom* se mezclaran más de lo imprescindible con el pasaje cuando subieron al *Titanic* en el puerto de Southampton. Y siempre se mostraba distante si alguna mujer más curiosa de lo normal los veía paseando a los tres por la cubierta de los botes y le preguntaba por la madre de aquellos niños tan guapos.

Cuando eso ocurría, hacía un esfuerzo para no recordar los labios finos de Marcelle. Y maldecía.



\*\*\*

Ni el sastre ni sus hijos podían caminar por las cubiertas de primera clase, ni entrar en las estancias de primera clase, ni coger los ascensores, de primera clase, ni usar el baño turco, ni la piscina interior, tampoco la cancha de *squash*, ni el gimnasio, no podían leer en la biblioteca del barco, ni pisar el salón adornado con ornamentos inspirados en el Palacio de Versalles. Tampoco pasaban al comedor de primera clase, decorado con muebles de caoba y paneles blancos, ni entraban en la sala de fumadores de primera clase, panelada con madera tallada al estilo georgiano y decorada con vidrieras que reproducían las imágenes de los puertos más famosos del mundo y la flota de barcos de la *White Star Line*, ni podían usar la gran escalera principal, de roble pulido y remates de acero, coronada con una cúpula de cristal que tamizaba la luz natural, ni se detenían en el café de estribor, convertido en lugar de juegos de los niños de primera clase, ni en el de babor, que se parecían a las casas de campo inglesas, con paredes cubiertas de hiedra y espejos y cuatro grandes ventanales de hierro

que servían para que los clientes de primera clase observaran el océano.

Los hijos del sastre si podían, sin embargo, pasear por la cubierta de los botes, reservada para los pasajeros de segunda clase, cenar en el comedor de segunda clase, decorado con paneles de madera natural y donde servían la comida de las mismas cocinas que atendían el comedor de primera clase, o correr por la galería, donde acabada la cena se reunían los pasajeros no tan adinerados, que no podían costearse todos los lujos del *Titanic*, pero que tenían suficientes recursos como para evitar la tercera clase, donde las estancias eran más austeras.

\*\*\*

El *Titanic* hizo su primera escala en Cherburgo, donde recogió a pasajeros importantes como el magnate americano Benjamín Guggenheim y a su amante, la cantante francesa *Ninnette Aubert*, que embarcaron con todo un séquito de criados; o el empresario John Jacob Astor IV y su segunda mujer, Madeleine, que sólo tenía 18 años y con la

que se había casado después de abandonar a su primera esposa y a sus hijos en medio de un escándalo mayúsculo.

Michel se fijó en la calidad de sus ropas, en la riqueza de sus maletas y en la confianza que transmitían en cada uno de sus gestos. Se imaginó cómo serían las *suittes* de primera clase. Y deseó vivir en América para convertirse en uno de ellos.

En Queenstown, Irlanda, subieron el correo y embarcaron algunos pasajeros de tercera clase. Inmigrantes que habían reunido con muchos esfuerzos las tres libras que costaba su pasaje y que se alojarían en camarotes con literas, en los niveles más bajos del barco.

Michel los miró, vestidos con ropas más sobrias, con miradas más turbias, y gestos más bruscos, y maletas de cartón; y por primera vez se preguntó si aquella huida que había emprendido con sus hijos no le acercaría más a la miseria.

\*\*\*

Si Nvratil no hubiera estado tan preocupado por el futuro de los niños, hubiera disfrutado de aquel prodigio de cincuenta mil toneladas en el que navegaban, tan alto como un edificio de quince pisos, tan largo como tres estadios de béisbol. Pero Michel siempre estaba taciturno. Cada día que pasaba se sentía más culpable y los remordimientos no le dejaban dormir.

\*\*\*

La noche del 14 de abril, el sastre de Niza acostó a los dos niños en cuanto oscureció, cerró la cabina con llave y a pesar del intenso frío, salió a pasear por la cubierta de los botes, envuelto en pensamientos sombríos. Desde allí, contempló el cielo estrellado y el mar sin oleaje, convertido en un espejo de agua negra. Observó los astros y le parecieron botones brillantes. Después bajó la vista hasta la cubierta, se apoyó en el pasamanos, y se le ocurrió que el mayor barco del mundo no era en realidad más grande que una aguja cosiendo un hilo de espuma sobre el océano.

A la misma hora y en el salón de fumadores, el presidente de la naviera, Bruce Ismay, que siempre vestía lujosos trajes hechos a la medida y ocupaba el camarote principal del barco, justo detrás de la gran escalera de primera clase, le decía al capitán que no sería necesario reducir la marcha, a pesar de los informes de otros barcos que habían avistado icebergs en la ruta.

“Estamos en el viaje inaugural. Seguro que tiene otras alternativas”.

Y Edward John Smith, el marino más capaz de la *White Star Line*, que ya había desviado el rumbo del *Titanic* unas millas hacia el sur para alejarse de los témpanos de hielo, se alisó la barba blanca, calibró las posibilidades que tenía de llevarle la contraria a su patrón y finalmente llamó a uno de sus oficiales y le pidió que mantuviera la velocidad de veintidós nudos y redoblara la guardia en lo alto de las cofas.

Después se fue a dormir.

\*\*\*

Con sus hijos acostados y a la vuelta de su paseo por la cubierta de segunda clase, a Nvratil le costaba conciliar el sueño, otra vez.

Recordaba a su esposa. Se preguntaba cuánto tiempo le duraría el dinero que había traído con él. Cuánto dinero le haría falta para abrir otra sastrería. Qué lugar de Nueva York sería el más apropiado. Si Marcelle sería capaz de encontrarles alguna vez. Si después de todo, no estaría deseando que lo hiciera.

Y se imaginaba cómo sería el reencuentro en una bulliciosa esquina de Brooklyn, o en una de las grandes avenidas de Manhattan, cuando escuchó un tremendo golpe en el casco.

El camarote retumbó. Los objetos de la mesita acabaron en el suelo. Y Michel, desorientado, se levantó del camastro, se vistió unos pantalones y un abrigo, se palpó los bolsillos como si buscara algo a lo que aferrarse, y salió al pasillo para averiguar lo que sucedía.

Como nadie sabía qué decirle en medio de tanto alboroto, subió a la cubierta de segunda clase. Entonces descubrió unos pedacitos de hielo en el mismo lugar por don-

de había caminando dos horas antes, levantó la cabeza hacia el cielo y le pareció que había menos estrellas.

El capitán apareció en aquel momento por la cubierta, seguido del constructor Thomas Andrews, del carpintero Hutchins y del primer oficial Murdoch. Michel Navratil se echó a un lado y les dejó pasar, pero no le pareció buena señal que el hombre que gobernaba el barco se arrancara dos botones de la chaqueta en un gesto de rabia involuntario y los dejara caer al suelo. Los dos botones rodaron sobre la cubierta de madera, se detuvieron al pie de un trozo de hielo y al sastre le parecieron dos ojos negros, muy negros, sin nada que mirar.

Comprendió que era hora de regresar a la cabina para vestir a sus hijos.

\*\*\*

“Nos hundiremos en una hora, dos a lo sumo”, le decía Thomas Andrews al capitán, con los planos extendidos